

SAN MARTIN

Por OSCAR MIRO-QUESADA

Los secretos de los padres se revelan en los hijos: sentencia de vieja sabiduría experimental que estampa en el broquel de un aforismo las modalidades de la herencia. Cuando los varones ilustres tienen ascendencia preclara se explica la excelstitud a que llegan por la cumbre superior de su partido. Tal don José de San Martín, trozador de cadenas de los pueblos, generalísimo de la libertad. Su progenie inmediata fue la semilla de su germinación de gloria; sus padres trascendieron a su retoño lo selecto de sus espíritus, revelador de su propia esencia. Nativos de León, provincia de Valencia en España, el teniente don Juan de San Martín y Gómez y doña Gregoria Matorras y del Ser, fueron las personas escogidas por el destino para hacer venir al mundo, al más grande de los argentinos, grande entre los grandes del mundo. En 1765 llegaba a Buenos Aires el Teniente San Martín y Gómez, comprometido en casamiento, antes de partir de España, con su novia Gregoria, quien vino a la Argentina dos años después celebrándose el matrimonio en 1770. Cinco hijos hubieron de su desposorio siendo el menor el futuro generalísimo don José de San Martín. En 1784 trasladóse la familia a España habiendo ascendido don Juan a capitán de infantería graduado, concediéndosele la agregación al Estado Mayor de Málaga.

fué administrador limpio y claro de los dineros del Estado, prestigiándose, así, ante sus conciudadanos y ante el ejército de su patria; tenía aptitudes especiales de organizador y disciplinador, siendo el mismo disciplinado y ordenado. Guerrero valiente, se había probado en Africa como soldado de filas, y aquí lo hizo como oficial brillante.

Tenía ese desinterés personal que es esencia de la generosidad hispana, y lo distinguía, especialmente, su correcto proceder, ceñido siempre a un amor fervoroso a la patria, y a una lealtad cabalresca a la amistad.

Las bellas condiciones del Capitán San Martín fueron íntegramente heredadas por su hijo el Gran Capitán. Exposición del coronel Bartolomé Descalzo en la ceremonia de traslación a la Argentina de los restos de San Martín.

Si el valor, la caballerosidad, la disciplina, el patriotismo fueron la herencia paterna de San Martín, la sencillez, la modestia, la pureza de sentimientos, el desinterés, la honestidad: fueron las virtudes del espíritu del prócer donados por su madre. Tales herencias conjugadas con

el aporte propio de quien naciera extraordinario y sin plural, fué el origen humano de José de San Martín, héroe entre los héroes, cuyas hazañas de epopeya se destacan sobre la pureza de su alma impoluta, como los panoramas de nuestras sierras se dibujan sobre la blancura inmaculada de la nieve de los Andes.

SU FORMACION

El futuro libertador de pueblos nació el 25 de febrero de 1778 en Yapeyú, capital del departamento del mismo nombre, situado sobre las márgenes de los ríos Alto Uruguay y Alto Paraná. Yapeyú, junto con la Cruz, Santo Tomé y San Borja formaban uno de los tres departamentos de la nueva demarcación territorial hecha por el gobierno de Buenos Aires al entrar en posesión de las misiones fundadas por los jesuitas en esa zona de las selvas de la América austral.

Hacia tres años que el capitán Juan de San Martín desempeñaba el cargo de teniente gobernador del departamento de Yapeyú, viviendo en la capital de su jurisdicción administrativa en compañía de su esposa doña Gregoria Matorras, sobrina del conquistador del Chaco, del mismo apellido.

El invicto prócer argentino fué el quinto hijo de los esposos San Martín. Hizo las primeras letras en la escuela pública de Yapeyú, siendo sus condiscipulos los niños indios y mestizos pobladores de la región. Cumplidos apenas los 8 años de edad, se trasladó a San Martín, en compañía de sus padres, a España, habiendo estudiado antes, por corto tiempo, en una escuela de primeras letras de Buenos Aires. En España ingresó al Seminario de Nobles de Madrid, plantel de enseñanza de índole aristocrática. Mas la verdadera escuela de San Martín fueron los campos de batalla. Muy niño, algo menor de los 12 años se incorporó, en 1789, al regimiento Murcia con el grado de cadete; cumplidos los 13 años combate en África, en Orán, contra los moros, en 1791, oyendo, sin miedo, por vez primera, el silbido de las balas enemigas. En 1793, lo trasladan al ejército de Aragón y después al del Rosellón, en Francia, donde las tropas españolas comandadas por el general Ricardos, batían a los soldados franceses, paralizando su propósito de invadir España. Reñidas y sangrientas batallas se libraron en Villalón, San Marsal, Terre Batera, Creu de Ferro, Hermita de San Luc y Banyuls del Mar; en todas tomó parte San Martín, con denuedo y eficacia, siendo ascendido a la clase de subteniente en mérito a sus comportamientos a la pelea. Contaba a la sazón 15 años.

Pero el destino de las armas se torna contrario a España y rechazadas las tropas españolas en el gollo de Lyon, tocóle a San Martín figurar en la guarnición en Collioure, como subteniente del Murcia, y resistir un rápido y violento sitio, contra fuerzas abrumadoramente su-

periores. Los valientes soldados españoles, se ven forzados a capitular, pero obteniendo, al hacerlo, los honores de la guerra con la condición de regresar a su patria y no volver a combatir. Por su acción de armas, en esa oportunidad, San Martín fué nombrado teniente segundo. En 1810, después de la paz de Basilea y del tratado de San Idelfonso, vuelve a actuar San Martín a los 23 años de edad con el grado de teniente primero en la guerra de Portugal, y poco tiempo después, se distingue por su valor y su ciencia militar, peleando contra los franceses, invasores de España, contribuyendo a la liberación de la madre patria. Por aquel entonces pertenecía San Martín a los Voluntarios de Campo Mayor, tropas que comandaba el general Menacho. Ascendido a ayudante primero del regimiento, fué trasladado al ejército de Sevilla, a la segunda división comandada por el marqués de Coupigni.

El general francés Dupont con el propósito de aplastar al ejército de Sevilla, había cruzado la Sierra Morena por el paso de Despeñaperros, recibiendo San Martín la orden de defender la línea del Guadalquivir, al mando de las guerrillas de avanzada, peleando con tal denuedo que su nombre fué mencionado en el parte del general Coupigni con el dictado de "valeroso". Mas fué en Arjonilla donde reveló sus dotes de militar y de valiente en forma notoria.

El teniente coronel Cruz Murgeón comandaba la columna de Vanguardia destacada contra los franceses. En las inmediaciones de Arjonilla; pueblo de la provincia de Jaén, los exploradores descubrieron tropas de caballería enemiga, las que se retiraron sin presentar combate. San Martín iba a la cabeza de la columna española y por propia inspiración, ordenó a 12 jinetes que le siguieran, bajo el resguardo de una guerrilla de infantería, y corriendo a todo galope por un camino lateral dió alcance a los franceses quienes confiados en su superioridad numérica, esperaron en formación, persuadidos de que no se atreverían a atacarlos. Pero San Martín, sobre la marcha, despliega a sus soldados en orden de batalla y ataca como una tromba, sable en mano, matando 17 hombres, apresando a cuatro, apoderándose de los caballos y muy a su pesar tiene que suspender la pelea victoriosa, obediendo el toque de retirada, replégándose triunfante con los trofeos conquistados.

Esta victoria brillante fué celebrada por el ejército entero, otorgándose un escudo de honor a cuantos secundaron a San Martín en la proeza, ascendiendo a este valeroso teniente a capitán del regimiento de Borbón, "en razón del distinguido mérito que había contraído en la acción de Arjonilla", como especificaba el oficio de la Junta de Sevilla.

Intervino, después, en la batalla de Bailén, "siendo mencionado con distinción el capitán San Martín en la orden del día" por su conducta valerosa y audaz.

Libertada España de las huestes napoleónicas que hubieron de retirarse, batidas, hacia Francia, al entrar triunfalmente a Madrid el ejército de Andalucía, San Martín fue ascendido a teniente coronel, entregándosele una medalla de oro por su conducta en la batalla de Bailén.

Tal fue la preparación militar de San Martín. Su escuela fue el campo de batalla; sus maestros, los grandes estrategas y tácticos de Europa. Veamos como aprovecho sus enseñanzas en pro de la independencia de los pueblos de América.

SU GENIO MILITAR

Los grandes capitanes, que encadenaron la victoria al carro de su apoteosis fueron estrategas y tácticos notables, sujetos, solo, al imperativo histórico de los tiempos. Si el orden de la marcha sirvió a Ciro para derrotar a Creso en Timbrea, fué porque, en aquella época lejána, los puntos estratégicos geográficos no intervenían como factor importante en la conducción de la línea de operaciones; los ejércitos modernos fracasarían en los combates si convirtieran la organización de la marcha en el instrumento exclusivo de la victoria. La legión romana difiere de la falange griega como el Lacio de la Helade, y la táctica de Epaminondas, vencedor en Leutra y Mantinea, hubiera fracasado en Sama contra Aníbal. La poliorcética de griegos y romanos sería, hoy, infantil y las viejas fortalezas de antaño se derrumbarían frente a los cañones como los muros bíblicos ante la trompeta de Jericó. Las armas de fuego desbarataron el orden profundo que hiciera de la columna ariete del atacar y baluarte del resistir. Condé y Turenna no pudieron ser Foch y el orden oblicuo de Federico II es ofensiva inoperante frente a los tanques y el avión.

El influjo del momento histórico sobre la ciencia militar es inevitable y poderoso, siendo los grandes capitanes reflejo de su medio, productos de su civilización.

Cuando el fuego apareció como factor fundamental de la batalla, el orden delgado de tiradores en despliegue impuso la modalidad de su extensión sobre la columna de fondo, porque el aprovechamiento de los fusiles era lo esencial y mal puede dispararse teniendo ante si las espaldas del compañero de la fila anterior a la nuestro, como ocurre con el soldado metido en la profundidad de la columna. De allí que la primera modificación del combate debida al invento del arma de fuego fué la aparición de una doble infantería, la ligera y la pesada, con infantes diferentes, manejadores del rifle los unos, y del arma blanca los otros. Pero el progreso continúa y el enchufe de la bayoneta en el cañón del rifle permitió al mismo soldado combatir de lejos y en proximidad, por el fuego y el arma blanca. Este invento vino a dar solu-

ción al problema del orden profundo y el extenso dependiendo su adopción de simples maniobras tácticas durante la batalla, que concentrando los tiradores en línea en columnas de ataque, lanzaba su masa como una catapulta viviente herizada de bayonetas, perforadora del frente enemigo.

En los tiempos de San Martín las victorias de Napoleón innovaron la guerra, arte ejecutivo como solía llamarla el Pequeño Caporal. Simplicidad y rapidez fueron las características predominantes de sus campañas. He aquí algunos aforismos napoleónicos.

"No pueden darse reglas precisas. Todo depende del general, de sus habilidades, sus debilidades, la calidad de sus tropas, el alcance de sus armas, el tiempo y mil otras circunstancias que nunca se reiten".

"El arte de la guerra consiste en tener siempre, con fuerzas inferiores al enemigo, fuerzas superiores a las de este en los frentes de ataque o de defensa".

Rapidez en la marcha de las tropas, prontitud en la maniobra táctica, energía y audacia, siempre audacia, sirvieron a Napoleón para lograr las fulminantes y teatrales victorias de sus campañas militares.

San Martín no solo había estudiado la estrategia y las tácticas napoleónicas: las conocía vitalmente; sus campañas en la madre patria, a la que ya nos hemos referido, combatiendo contra los franceses, le enseñaron en los campos de batalla los nuevos secretos de la guerra. Su experiencia en Europa fué factor importante de sus triunfos en América. Soldado de la libertad, luchó siempre por la independencia de los pueblos, y su espada esgrimida en defensa de España tuvo que centellar de nuevo al sol de la victoria para trozar las cadenas que apresaban a los descendientes de esa viril nación.

San Martín, escribe el general Dellepiani, fué indiscutiblemente el primer estratega de Sur América. Sus émulos obtuvieron brillantes y sonadas victorias, pero ninguno llegó a igualarlo en talento militar, ni alcanzó su altura en las concepciones de gran aliento.

En la guerra debe concederse mayor valer a los hombres reflexivos, capaces de pensar en todo momento el pro y el contra de las empresas que acometen, que a los que por chispazos de genio, por viveza de imaginación, aciertan, corriendo graves riesgos, en las buenas soluciones.

El general animoso, temerario que se halla siempre pronto a probar la fortuna de sus armas en luchas desiguales fundadas en concepciones de genio, pero improvisadas, debe medar menos loa que el que madura seriamente sus decisiones, cuenta sus pasos y llega al fin buscado por la ruta que trazó y estudió de antemano.—Carlos Dellepiani, "Historia Militar del Perú".

Porque hay dos clases de genio militar. Grandes capitanes fueron turbulentos, llevados por el raptó de la intuición, esa mirada del espíritu que vislumbra en la oscuridad del acontecer las siluetas del futuro, como los perfiles súbitos de las cumbres nocturnas bajo el latigazo del rayo. Jefes que entregan a la inspiración el destino de las guerras y deciden, al vendabal del momento, la suerte de las batallas. Estrategas del minuto suplen su imprevisión con intuiciones y forjan en el instante del encuentro la táctica de la acometida. Estos genios tormentosos de la espada logran en veces triunfos militares, pero exponen el porvenir de los pueblos al azar de la casualidad.

Otros grandes militares fundamentan sus decisiones en la plenitud del meditar, y cada providencia que adoptan resulta acierto por haber sido previsión. Su genio tranquilo, equilibrado, sereno jamás entrega a la sorpresa de los fortuito el logro de su propósito, ni abandona a las vicisitudes del acaso la victoria anhelada. Estos genios militares firmes y claros como el diamante se enfrentan impertérritos a las hostilidades de la suerte y su voluntad incommovible forja las condiciones de la victoria en la turquesa de la anticipación.

Y San Martín pertenece a esta preclara estirpe de genios militares acunímenes que organizan, conceptualmente, las campañas en análisis acabado donde el detalle más pequeño se estudia y nada queda por prever ni determinar.

El corazón del poderío español palpitaba en el Perú; solo paralizándolo sus latidos se le hería de muerte. Llevar la guerra a ese país era necesidad bélica fundamental. Pero, como llevarla? Intentos por la ruta del Alto Perú habían fracasado. La vía continental resultaba imposible; era preciso reemplazarla por otra; cambiar la línea de operaciones terrestres por la marítima, ello requería un plan de campaña de dimensión inusitada, de amplitud que antes nadie osara imaginar. Y eso hizo San Martín: engrandeció la revolución argentina americanizándola, como escribe Mitre en la historia del prócer; acierto estratégica maestro que ensanchando el campo de batalla nacional dió por límites al teatro de la guerra la vastedad de un continente; concepción audáz y fecunda propia de un genio militar extraordinario que previó la victoria donde todos pronosticaban la derrota.

Engrandecer el teatro de la guerra y cambiar la línea de operaciones terrestre por la marítima, para invadir el Perú, tales fueron las concepciones estratégicas geniales de San Martín. Comprenderlo muy pronto y luchar, tenazmente, contra prejuicios y errores militares hasta imponer su plan de invasión por el mar al Perú, fué su gran mérito y su máximo acierto. Ya en 1814 escribía a su amigo Rodríguez Peña:

La patria no hará camino por ese lado del Norte... Un ejército patriota y bien disciplinado en Mendoza, para pa-

sar a Chile y acabar allí con los godos. Uniendo las fuerzas pasaremos por el mar a Lima. Ese es el camino y no este. Convéñase; hasta que no estemos sobre Lima la guerra no acabará.

En carta del generalísimo a Godoy Cruz, del 12 de mayo de 1816, escribía:

El Perú no puede ser tomado sin verificarlo antes con Chile...

Y en otro párrafo decía:

Puedo demostrar, geoméricamente, que si Chile existe en poder de los enemigos dos años mas, no solamente hace la ruina de estas provincias, sino que jamás se tomará. Por otra parte, los esfuerzos que se hagan en el Perú serán nulos, pues el enemigo será auxiliado con víveres y soldados formados de los que cada invierno pueden desprenderse los de Chile.

Y en el oficio reservado que San Martín enviara al gobierno de Buenos Aires, fechado el 29 de febrero de 1816, exponía concisa y detalladamente su plan de campaña. He aquí los párrafos principales:

Chile, por su mayor población respecto a otros países de América, por la índole y valentía de sus habitantes, por su feracidad y riquezas, y, principalmente, por su posición geográfica, es el pueblo que regido por una mano diestra está llamado a fijar la suerte de la revolución americana; siendo además su litoral marítimo, es de capital importancia ocuparlo para abrirse el camino del Pacífico y buscar al enemigo por él... Lograda esta gran empresa el Perú será libre. Desde allí irán con mejor éxito las legiones de nuestros guerreros. Lima sucumbirá.

El logro de "esta gran empresa" requería un ejército disciplinado y eficiente capaz de transmontar los Andes e invadir Chile, y era necesario, también, la autorización del gobierno argentino obsecado en proseguir la guerra conduciendo a las tropas por el Alto Perú.

Veamos como la férrea voluntad de San Martín y sus extraordinarias dotes militares, vencieron todos los obstáculos y obtiene el triunfo final.

EL EJERCITO DE CUYO

Un verdadero ejército es un organismo que, a semejanza del ser viviente tiene cuerpo y alma; el cuerpo lo constituyen los recursos materiales para la eficacia máxima de su acción; las armas, las municiones, las acémilas, los aperos, los alimentos y el número de efectivos;

son otros tantos elementos de ese cuerpo; el alma radica en la disciplina, el valor, la capacidad guerrera de oficiales y soldados. San Martín realizó el milagro de formar un ejército invencible, creando su cuerpo de la nada y moldeando su alma a semejanza de su propia alma viril, aguerrida y noble.

La historia del ejército de los Andes forjado en Cuyo, es hazaña sorprendente y no igualada. Como brotara Palas Atenea de la testa de Zeus, así surgió el ejército libertador del cerebro de San Martín. Fué el fruto de su voluntad sin desmayos; la objetivación milagrosa de su querer lucido y tenaz.

El gran capitán aceptó el nombramiento de gobernador de Cuyo porque esta provincia, que agrupaba las tres jurisdicciones de Mendoza, San Luis y San Juan, queda próxima a los Andes, casi en las faldas orientales de la parte central argentina de esa gigantesca cordillera. Las tropas de que dispone al comienzo, en 1814, eran escasas, mal vestidas, mal equipadas, sin disciplina y ayunas de los rudimentos más someros de la ciencia militar; su base fueron los soldados auxiliares de Chile mandados por las Heras, a los que se agregó, en 1815, el regimiento de granaderos a órdenes del coronel Matías Zapiola.

Este ejército tenía que ser alimentado, vestido, pagado, no existían recursos para ello, y era necesario crearlos, pensando sobre la provincia. Al efecto empezó a ensayar (San Martín) el sistema de auxilios patrióticos o cooperativos. Una vez solicitaba un número determinado de arros de montura, de que encargaba se tomara cuenta para devolverlos a sus dueños luego que no fuesen necesarios, y lo cumplía puntualmente. En otra ocasión, pedía un número determinado de cabalgaduras para una expedición, que mantenía en los alfalfares de los particulares, y luego volvían, también, a sus dueños... Otra vez necesitaba 10 barriles para agua para un destacamento, y en razón de que el Estado no tenía fondos para comprarlos los pedía a los vecinos. Llegó el caso de exigir como donativo una fanegada de maíz para sembrar una chacra destinada al sostén del ejército. Los vecinos concurrían de buena voluntad a estos servicios, halagados por los elogios que individualmente dispensaba a los que se mostraban generosos y asentaba la mano con multas a los tibios o indiferentes. Todo delito leve era redimido mediante una donación, y sucedió una vez, mandar sobreser en el proceso de una chacarera, en cambio de una docena de zapallos que el ejército necesitaba para su rancho. Enseguida empezó a organizar la renta sobre la base de las contribuciones ordinarias y extraordinarias. Desde ese momento Cuyo empezó a sudar dinero para la redención de la América meridional.—
Bartolomé Mitre. :Historia de San Martín".

El patriotismo de San Martín, su noble abnegación y desprendimiento, se habían propagado a los habitantes de Cuyo como confa-

gración espiritual irresistible y las gentes, de todas las categorías sociales, rivalizaban en cooperar a la magna obra de la independencia americana, que requería como requisito básico la formación de un ejército fuerte, bien disciplinado, con todos los recursos materiales indispensables para actuar con eficacia. Sabedores los carreteros cuyanos de que el generalísimo San Martín carecía del dinero necesario para pagar el transporte de pertrechos desde Buenos Aires, le enviaron la siguiente comunicación:

Señor Gobernador: Intendente. Los abajo suscritos teniendo noticias que en la capital de Buenos Aires hay varios efectos y artículos destinados para el auxilio de la guarnición de esta plaza; y advirtiendo, además la urgencia que hay en su transporte, no menos que la escasez de los fondos públicos para costearlos, hemos acordado prevenir a V. S. por esta representación que nos obligamos desde esta fecha a emplear gustosos el buque de nuestras carretas para el indicado objeto.—Mendoza, 12 de junio de 1815.

Siguiendo al pie de este escrito los nombres de los cuyanos que ofrecían los buques de sus carretas para traer de la capital a Cuyo los pertrechos para el ejército de San Martín. La palabra buque usada por los carreteros cuyanos en esa acepción, significa: espacio, cabida, de modo que los que ofrecían el buque de una carreta para transportar armas y municiones, donaban a San Martín la carga de una carreta entera, además del esfuerzo y fatiga del viaje y el transporte.

Este espontáneo ofrecimiento hecho en forma sencilla y natural, es, en verdad conmovedor, y demuestra el patriotismo, la generosidad y la nobleza del pueblo de la gran nación argentina que papel tan destacado y decisivo desempeñara en la independencia de la América meridional.

Psicólogo práctico, certero en el conocer de los hombres, jamás se equivocaba San Martín en la elección de la persona adecuada para el puesto nuevo o vacante. Al genio de la maestranza militar lo descubrió en la iglesia, y al secretario del ejército, en una taberna; condición excepcional de acierto de quien prescinde de prejuicios y apariencias al escoger al hombre útil, subordinando al buen éxito de la obra perseguida, todo otro propósito. Jóvenes o viejos, pobres o acaudalados, clérigos o seculares, humildes de condición social o de alta alcurnia: el generalísimo les tiende la mano si la escrutadora mirada de sus ojos vislumbra en la persona el prototipo buscado. Por eso, el sacerdote fray Luis Beltrán en la maestranza, y el tabernero mendocino José Ignacio Zenteno en la secretaría del ejército, fueron eximios en sus respectivos cargos. Igual cosa ocurrió con el laboratorio de salitre y la fábrica de pólvora, que alcanzaron éxitos rotundos dirigidos por el ma-

por Alvarez Condarco, nombrado por San Martín con tal objeto.

Paralelamente a la creación y robustecimiento del cuerpo del ejército de Cuyo, atendía San Martín al desarrollo del alma de las tropas, porque el soldado nada vale por mejor armamento que tenga si carece de pericia y valor para manejarlo. La pericia es disciplina, capacidad maniobrero, práctica de tiro, esgrima de bayoneta y sable, conocimientos de estrategia y táctica: el ejercicio continuado y el estudio lo logran; es fruto de la enseñanza, y San Martín la organizó y la llevó a cabo muchas veces, por sí mismo, con eficiente capacidad y tesonera energía.

Pero la pericia no basta: la mano del esgrimista yerra si le falla el corazón. La valentía es calidad anímica esencial del soldado, y las armas disparan eficaces cuando el tirador no tiembla.

A suscitar el valor indispensable al guerrero dedicó San Martín múltiples horas de su vida en Cuyo. Sabiendo que la dignidad y el honor triunfan del miedo, y el patriotismo torna bravo al más tranquilo, el Gran Capitán de los Andes con la prédica y el ejemplo inculcaba en el alma de jefes y soldados la pasión por la libertad, el amor a la patria, el cumplimiento del deber, la honradez, la caballerosidad, la rectitud viril, forjando hombres de espíritu resuelto, orgullosos de su misión libertadora, cumplidores de la palabra empeñada que preferían la muerte a la deshonra.

Este ejército de Cuyo hechura y paradigma del genio militar de San Martín, disciplinado, patriota, aguerrido; rápido en la maniobra, decidido en la acción, ariete en el ataque, muro en la defensa, pasó los Andes, libertó a Chile, triunfó en el Perú.

San Martín en Cuyo, en dos años de unos cuantos soldados sin disciplina, sin armas, sin pertrechos, sin vestimenta; hizo un ejército invencible, como invencible fuera la voluntad de ese hombre superior y noble que sacrificara el poder, la fama, la gloria, a la independencia de los pueblos, renunciando a honores, a provechos, halagos, porque en su alma grande no cabía la pequeñez.

El Generalísimo había aceptado la gobernación de Cuyo por ser parte del territorio argentino próxima a los Andes, cordillera que había de transmontar para cumplir su plan estratégico de dominar Chile, base de operaciones de su futura invasión al Perú con tropas de desembarco llevadas por mar.

EL PASO DE LOS ANDES

El paso de los Andes es hazaña guerrera única porque combina en conjunto armónico y preciso, el vencimiento de dificultad geográfica tremenda con el desarrollo matemático de maniobra estratégica ri-

gurosa y fundamental. El orden de marcha del ejército ideado por San Martín realizó, de manera admirable, dos propósitos solidarios, pero distintos: permitirle a las tropas transmontar, sin peligros, las altas cumbres de la cordillera, y quedar ubicadas al otro lado de los Andes, en territorio chileno en posición ventajosa para emprender, de inmediato, la ofensiva fulminante y triunfal.

El plan de campaña de San Martín en efecto, apuntaba, su intencionalidad estratégica a dos objetivos solidarios: transmontar los Andes por las rutas más accesibles y ocupar, en territorio chileno, las posiciones más favorables para la batalla que habría de librarse contra el enemigo con el fin de desbaratar el centro del ejército español, cortarlo en dos pedazos, separando sus efectivos del norte de los del sur. Semejante plan suponía el conocimiento a fondo de la orografía andina y de los puntos estratégicos geográficos que al otro lado de los Andes debían ocupar las tropas invasoras. San Martín estudió detalladamente el teatro de operaciones y solo cuando se hubo compenetrado con las modalidades más diversas del terreno, emprendió la marcha triunfadora. Los caminos escogidos fueron los que cruzan la cordillera por dos depresiones o abras llamadas portezuelos, el de Uspallata, frente a Mendoza y el de los Patos, más al norte a la altura de San Juan. Por esos boquetes penetraron los heroicos soldados argentinos, iniciadores de la victoriosa ofensiva austral en la gran gesta de la emancipación americana.

Ya en la cuarta centuria, Vegecio postulaba:

El mejor proyecto es el que permanece ignorado del enemigo.

San Martín, en carta escrita a Guido en 13 de enero de 1817, le decía:

Las medidas están tomadas para ocultar al enemigo el punto de ataque; si se consigue y nos deja poner el pie en el llano, la cosa está asegurada.

Para engañar al enemigo recurrió San Martín a diversas estrategias ingeniosas y sutiles: empleo de espías dobles que apareciendo en Chile adictos al general de las fuerzas españolas Marcó del Po, eran ardientes partidarios de la causa de la revolución. Varios de esos agentes fueron enviados a Santiago con instrucciones secretas del gobierno de Cuyo para los revolucionarios de Chile que iban a dar a manos del jefe español, persuadiéndolo de la realidad de planes de ataque por frentes y con efectivos imaginarios. Pidió permiso a indios argentinos fronterizos para pasar por su territorio, sabiendo que lo delatarían a Marcó del Po, como ocurriera a los pocos días, noticias que confirmaban las obtenidas por este general mediante sus espías, secuaces de San Martín, pero de cuya fidelidad no dudaba. Para darle visibili-

dad objetiva a la invasión por lugares distintos, agregó a su ejército principal, dos columnas volantes, que a modo de lejanas flanguardias, cruzaron los Andes al norte y al sur de la invasión verdadera, hacia Coquimbo y Copiapó, y hacia Talca y Portillo, respectivamente. Esas tropas de las alas del ejército de San Martín no solo eran diversiones estratégicas adecuadas para distraer al enemigo del frente de invasión, fundamental, sino que tuvieron por objeto sublevar las poblaciones de los territorios chilenos por donde pasaran, acrecentando, en esta forma, la resistencia armada contra las huestes españolas, obligando a su general en jefe, a distraer efectivos del grueso de sus fuerzas para combatir a los sublevados, debilitando, por tal modo, el frente escogido por San Martín, para librar la batalla decisiva.

Vemos que el plan estratégico de San Martín era simple y atrevido: invadir Chile por los pasos de Uspallata y los Patos para caer, por sorpresa, sobre el centro de las fuerzas enemigas, batir así, su núcleo principal y apoderarse de Santiago porque tomada la capital el triunfo, en Chile, era inmediato y seguro.

El paso de los Andes lo llevó a cabo San Martín de modo tan perfecto que estuvo en territorio chileno en los puntos estratégicos previstos dos semanas antes de la fecha calculada.

Necesidad militar fundamental era conocer las disposiciones del enemigo por los caminos que había de recorrer la tropa, y San Martín ignoraba si los españoles tenían fortificaciones o destacamentos atrincherados en los pasos de Uspallata y de los Patos. ¿Cómo averiguarlo? El congreso de Tucumán, a iniciativa suya, había declarado la independencia de la Argentina; el generalísimo aprovecha la oportunidad y so pretexto de dar a conocer al jefe enemigo esa declaración, siguiendo usos de la guerra, envió un parlamento para poner en manos del jefe español un pliego haciendo llegar a su conocimiento la declaración de independencia.

He aquí como refiere esa notable estratagema de astucia militar Bartolomé Mitre en su obra Historia de San Martín.

Invistiendo la nación un nuevo carácter, desde el momento que declaró solemnemente, nuestra independencia (escribía San Martín), opino sería útil comunicarlo de oficio al gobierno de Chile, como de general a general. Llamó a su ayudante de campo el ingeniero Alvarez Condarco y le dijo: "Mayor, voy a confiar a usted una misión diplomática muy delicada. ¡A mi general!, repuso el ayudante sorprendido. Si, pero la verdadera comisión es que me reconozca los caminos de los Patos y Uspallata, y que me levante, dentro de su cabeza, un plano de los dos sin hacer ningún apunte, pero sin olvidarse de una piedra. Lo despacharé por el camino de los Patos, que es el más largo y el más lejano, y como es seguro que así que entregue usted el pliego que lleva lo

despedirán con cajas destempladas por el camino más corto, que es el de Uspallata (si es que no lo ahorcan), dará usted la vuelta redonda y podrá, a su regreso, formarme un croquis sobre el papel. Vaya a prepararse y, sobre todo, secreto. Era, precisamente, la memoria local la gran facultad de Alvarez Condarco como ingeniero; San Martín lo notó con su gran penetración en sus excursiones por la cordillera, y con su gran habilidad para aplicar las cualidades de cada hombre, había llegado el momento de utilizarla.

Lo previsto por San Martín se cumplió al pie de la letra: llegado al cuartel general español Condarco, por el camino de los Patos, fué despedido, "con cajas destempladas", por el camino de Uspallata, que era el más corto, pudiendo a su regreso trazar los croquis de las dos rutas e informar que no ofrecían ninguna dificultad militar, por su carencia de fortificaciones, trincheras y destacamentos enemigos.

Los caminos de la invasión estaban libres. El 18 de enero de 1817 inició la marcha una división de 800 hombres comandada por Las Heras, penetrando por el paso de Uspallata; el grueso del ejército comandado por San Martín, se movió al día siguiente, marchando por el camino de los Patos situada a más de 60 kilómetros al norte de Uspallata. En la fecha prevista por el generalísimo: el 8 de febrero, el ejército de los Andes había transmontado la cordillera y ocupaba, en territorio chileno, los valles de Putaendo y Aconcagua, puntos estratégicos geográficos, previamente elegidos; mientras tanto, las tropas que invadieron por el norte y el sur, con días de anterioridad, batían al enemigo apoderándose de Coquimbo, Copiapó, Salta y otros lugares más situados lejos del ejército principal.

Porque el paso de los Andes fué llevado a cabo con exactitud matemática, en el tiempo calculado, con riguroso sincronismo de maniobras estratégicas convergentes. El frente escogido por San Martín para librar la batalla decisiva era Chacabuco, y el orden de marcha a través de la cordillera fué concebido y realizado con tal finlidad adaptándolo a las condiciones especiales del teatro de la guerra.

El paso de los Andes es hazaña militar extraordinaria comparable a las más famosas hazañas militares de la historia, y se le cita, a menudo, con dimensión estratégica plural a la del paso de los Alpes por Aníbal y Napoleón. Pero si materialmente pueden ser parecidos, lo gloria de San Martín es más pura y su triunfo más grande: Aníbal y Napoleón transmontaron los Alpes para sojuzgar naciones; San Martín cruzó los Andes para libertar pueblos.

CHACABUCO

La batalla de Chacabuco es una prueba de la capacidad militar de San Martín; fué preparada con meses de anticipación, escogiéndose

se el sitio más propicio a la victoria y organizándose, en tal forma, la marcha de las tropas que estas, al transmontar los Andes, dominaran la zona donde habían de concentrarse para preparar el combate definitivo.

El lugar escogido por San Martín fué el valle de Chacabuco. El grueso de las tropas que invadiera Chile por el camino de los Patos marchó a lo largo del río de Putaendo, hacia el sur hasta llegar a San Felipe, tras breves combates. Esta población queda cerca de la confluencia del Putaendo en el río Aconcagua. Sincrónicamente, el ejército que invadió por la ruta de Uspallata había avanzado hasta Santa Rosa, al sur del río Aconcagua, batiendo también a exploradores enemigos. De estos dos puntos, las tropas prosiguieron hacia el sur, en movimiento convergente, reuniéndose al pie de la sierra de Chacabuco, listas para escalarla y descender al valle de este nombre donde el generalísimo decidiera presentar la batalla.

El 10 de agosto de 1817, con sus fuerzas reunidas al pie de la sierra de Chacabuco, tomaba San Martín las disposiciones necesarias para desarrollar su plan de campaña sencillo y eficaz, consistente en atacar a las huestes españolas con efectivos superiores a las de ellas en el punto de ataque, cosa que lograra gracias a sus estratagemas militares, a la que ya nos hemos referido, como los espías dobles y su pedido, a los indios pehuenches, solicitando autorización para cruzar los Andes por caminos que no había de recorrer, pues el jefe rival Marcó del Po, engañado por esas artimañas guerreras, dispersó su ejército a lo largo del territorio chileno en espera de la invasión eminente que lo amenazaba por diversos sitios posible.

Como el conocimiento del terreno es básico en toda campaña militar, encomendó San Martín, a dos de sus mejores jefes, Arcos y Alvarez Condarco la misión de estudiar la serranía de Chacabuco y levantar un croquis de sus valles, quebradas y caminos, la que cumplieron, satisfactoriamente, protegidos por destacamentos de a pie y de a caballo.

El día prefijado para cruzar la serranía de Chacabuco y dar la batalla en el valle del otro lado del cerro, era el 14 de agosto, pero enterado San Martín, por su espía José Estay de los efectivos enviados por Marcó del Po a reforzar las tropas españolas estacionadas en el valle de Chacabuco, reunió, el 11 en la noche, una junta de generales acordándose en ella adelantar la batalla para el día siguiente, sin esperar que llegara la artillería que aún faltaba, porque su genio estratégico sabía que un golpe imprevisto y rápido con fuerzas superiores a las del enemigo, en el punto atacado, facilitaba más el triunfo que unos cuantos cañones más.

Y el día 12 de agosto de 1817, fecha gloriosa en los fastos de la

historia americana, el ejército invasor recibió la orden de avanzar y transmontando el cerro de Chacabuco, llegar al valle del otro lado donde debía librarse la primera batalla decisiva. El plan estratégico de San Martín era sencillo y práctico: simular una acción a fondo contra el ala derecha enemiga fijándola en ese frente de batalla, mientras el grueso de sus tropas, en hábil maniobra sorpresiva, llevaba a cabo un ataque de revés cortándole la retirada al ejército español. El estudio previo de los puntos geográficos estratégicos le permitió el desarrollo de este eficaz plan de campaña.

En efecto, la serranía de Chacabuco tenía dos caminos, ramales del camino principal que se bifurcaba a mitad del monte, y la topografía del valle ocupado por los españoles no les permitía replegarse sino en una sola dirección, hacia el suroeste por el camino de Santiago. Adaptando su estrategia a esa doble modalidad del terreno, dispuso San Martín el atacar de la siguiente manera:

El 12 de Agosto desplegó a sus tropas en línea de batalla a lo largo de la falda del cerro de Chacabuco listas para trepar la cuesta de esta serranía. Adaptándolas a las dos rutas accesibles los efectivos se organizaron en dos partes que podemos considerar como dos alas: el ala derecha, comandada por Soler y el ala izquierda comandada por O'Higgins. El ala derecha se componía del batallón Nº 1 de cazadores, dos compañías de los batallones 7º y 8º, el batallón Nº 11, el escuadrón de escolta del general en jefe y Nº 4 de granaderos de a caballo: en total 2,100 hombres con siete piezas de artillería de montaña; en el ala izquierda, bajo las órdenes de O'Higgins, figuraban dos batallones, el 7 y el 8, dos escuadrones, el 1 y el 2, y el 13 de granaderos a caballo, sumando 1,500 hombres, de manera que los patriotas contaban con un ejército de 3,600 soldados.

Las tropas españolas llegaban a 2,000 hombres, comandadas por el brigadier Maroto, cumpliéndose, así el plan de San Martín, de enganar al enemigo acerca del punto de ataque, logrando sobrepasarlo en efectivos, en el frente de batalla en donde había decidido obligarlo a combatir. El ejército realista se componía de 1,500 infantes y de 500 soldados de caballería y contaban con cinco piezas de artillería. Una vanguardia ocupaba la cumbre del Chacabuco, el resto de las tropas se hallaba, parte en la quebrada de la Mesa de Tebo y parte en el valle de Chacabuco, al otro lado del cerro de este mismo nombre.

El plan del general Maroto era situar a todos sus efectivos en las cumbres del Chacabuco, equilibrando, con la ventaja de esa posición estratégica, la inferioridad numérica, más la rápida acción de San Martín, adelantando dos días la fecha de la batalla, no le dió tiempo para llevar a cabo esa maniobra, quizás salvadora, siendo sorprendido por lo imprevisto del ataque, cuando el grueso de sus tropas se hallaban

aún en el valle de Chacabuco. A las 2 de la mañana del 12 de Agosto de 1817, los patriotas iniciaron la ascensión del cerro de Chacabuco avanzando por columnas sucesivas. Al poco tiempo de la marcha, el camino se bifurcaba, separándose en dos rutas: la de la derecha, llamada Cuesta Nueva y la de la izquierda conocida con el nombre de Cuesta Vieja, siendo esta la más conocida y la que vigilaban los españoles, preferentemente, pues la otra, en aquellos tiempo, casi no se usaba. San Martín dispuso que el grueso de las fuerzas, comandadas por Soler, fueran por este camino que terminaba, al otro lado del cerro, en punto que amenazaba la retaguardia española, enviando a O' Higgins, con el resto de las tropas por la Cuesta Vieja, con la misión de simular un ataque a fondo contra la derecha del enemigo, sin comprometer batalla formal, entreteniéndolo y fijándolo en ese frente, mientras que Soler con el grueso del ejército efectuaba su maniobra flanqueante avanzando por la Cuesta Nueva que era la más larga.

O'Higgins condujo a sus tropas por la Cuesta Vieja, cubriendo su izquierda con una vanguardia que marchaba por un sendero paralelo al principal separado de este por una serrillada; estas avanzadas al llegar casi, a la cumbre, se parapetaron en una anfractuosidad de las rocas cubierta de vegetación, abriendo el fuego contra el enemigo, quienes contestaron enérgicamente y con gran valor; más de pronto, el resto de los efectivos de O'Higgins, que era la verdadera fuerza de combate, apareció de improviso por un recodo del camino de la Cuesta Vieja en son de batalla, atacando a los españoles a tambor batiente. La vanguardia enemiga sorprendida por este inesperado surgir de soldados patriotas, y viéndose atacadas por el frente y la retaguardia, abandonaron la cumbre del cerro, replegándose en precipitada retirada, perseguida por la caballería argentina, tras la que descendía el ejército invasor.

Ante la pérdida de las alturas el general Maroto dispuso a sus tropas en puntos estratégicos del valle de Chacabuco, al lado sur del estero de ese mismo nombre, interponiendo ese obstáculo geográfico entre sus efectivos y el avance enemigo. Llegado O'Higgins al fin de la Cuesta Vieja, desplegó a sus soldados en orden de batalla y comenzó el ataque, pero arrastrado por su temperamento impulsivo, se olvidó del objetivo de su misión que era solo una finta para entretener al enemigo dándole tiempo a Soler de llegar por la Cuesta Nueva y llevar a cabo un ataque de revés, comprometió, por dos veces, a sus efectivos en un ataque a fondo, siendo rechazado. San Martín, dándose cuenta de lo que ocurría, y temeroso del posible fracaso de su plan estratégico tan hábilmente preparado, envió a prisa a uno de sus edecanes para que le dijera a Soler que apresurara la marcha y atacara a los españoles lo más pronto posible. Felizmente, a los pocos minutos de haber partido el ede-

cán con esa orden, se notó que algo anormal ocurrían en las filas de los españoles, por que el grueso de sus tropas se desorganizaba, eran las avanzadas de Soler que apareciendo por la Cuesta Nueva cargaban sobre el enemigo atacando su flanco izquierdo, grave amenaza que se intensificó, poco tiempo después, porque otros destacamentos argentinos atacaba la retaguardia española. Los realistas formaron cuadro para resistir los ataques pero fueron pronto desbaratados y se vieron obligados a rendirse. La victoria había sido completa. Las tropas españolas tuvieron 500 muertos y 600 prisioneros, mientras que las tropas de San Martín solo perdieron 122 hombres, de los cuales 12 muertos y 120 heridos.

La importancia de la batalla de Chacabuco fué inmensa; en esa jornada se decidió la suerte de la independencia de la América austral. He aquí lo que escribiera el virrey Pezuela en el manifiesto en que exponía las razones de su separación del gobierno del Perú:

La desgracia que padecieron nuestras armas en Chacabuco poniendo el reino de Chile a disposición de los invasores de Buenos Aires, trastornó enteramente el estado de las cosas, fue el principio del restablecimiento para los disidentes, y la causa nacional retrogradó a gran distancia proporcionando a los disidentes puertos cómodos donde aprestar fuerzas marítimas para dominar el Pacífico. Cambióse el teatro de la guerra; los enemigos trasladaron los elementos de su poder a Chile, donde con más facilidad y a menos costo, podían combatir el nuestro en sus fundamentos".

Y sin embargo el autor de semejante hazaña, el general a quien se debía victoria tan decisiva y grande, dió cuenta de ella en los términos siguientes:

En 24 días hemos hecho la campaña; pasamos la cordillera más elevada del globo, concluimos con los tiranos y hemos libertado a Chile. Parte de la batalla de Chacabuco redactado por San Martín.

En ese laconismo espartano fulge con luz de gloria la modestia sin eclipse del gran capitán, cuyo espíritu superior jamás aprovechara las victorias en provecho de su vanidad o su ambición, porque no las tuvo; por eso fué un genuino libertador de pueblos.

EL HOMBRE

San Martín fué el héroe máximo.

Inventerada semántica tradicional suele atribuir significado bélico al héroe y estruendo de fanfarrias guerreras a la herocidad. Al restringir a la dimensión de la batalla la ejecutoria del prócer, mutilamos

su figura reduciendo al centelleo de la espada su luz de gloria que irradia y deslumbra como la del sol. Más el héroe completo es quien a las proezas militares los triunfos éticos y triunfador de todos no se deja derrotar por sí mismo; que derrota es, y desastrosa, cuando la ambición o la maldad entenebrece la conducta del prócer, extinguiendo en la espesura de sus sombras el fuego del ideal que inspirara sus victorias revistiéndolas de aureola casi divina.

Y San Martín supo vencerse a sí propio, engrandeciéndolo sus triunfos con la nobleza de su altruismo. Su genio no se opuso a las normas de la vida moral, y cual ave gigantesca que recoge las alas para posarse en el picacho angosto de una sierra, así su personalidad formidable supo amoldarse a las exigencias éticas de la existencia común.

Porque José de San Martín fué un genio guerrero y moral.

Suele confundirse el genio con la turbulencia, asimilándolo a una superior anormalidad. El jefe reposado, tranquilo, parece mediocre a quienes consideran mérito intrínseco lo teatral y miden la grandeza por la desproporción. Pero el genio es lo sublime del espíritu y hay dos sublimes diferentes: el matemático y el dinámico.

"Llamamos sublimes, escribe Kant, lo que es grande absolutamente" y agrega:

"Sublime es aquello en comparación con lo cual todo lo demás es pequeño".

Las pampas inmensas, los bosques sin término, los mares sin límites: la bóveda del cielo, las noches estrelladas: son visiones de infinito que despiertan en el alma el sentimiento de lo sublime. Frente a su ilimitada magnitud el hombre empequeñecido intuye su insignificancia corporal, a la vez que comprende que es su razón la que juzga y compara las dimensiones porque en su espíritu reside el poder del intelecto, la maravilla de la conciencia que abarca, en panorama inexplicable, los cerros más altos, los astros más distantes, los mares más extensos, y el ser humano frágil, perecedero, físicamente insignificante, se da cuenta del cosmos, totalidad del universo, abrumador pero inconsciente.

Estas visiones de cantidades inconmensurables, de distancias inmedibles, despiertan en el hombre la sensación de lo sublime, pero de lo sublime matemático, sublime que suspende y maravilla pero que lleva en la infinitud de su esencia el bálsamo de la serenidad que aquietta las pasiones inferiores y sume el alma en éxtasis profundo y tranquilo.

Pero si el sublime matemático es profundo y sereno, el sublime

dinámico es conturbado y amenazador, y la emoción estética que suscita va aparejada con el sentimiento intraquilo del miedo.

Rocas colgando audamente y como amenazantes; nubes tempestuosas amontonadas en el cielo que avanzan con cortejo de rayos y truenos: volcanes en toda su potencia de destrucción; huracán que deja tras de sí la devastación; océanos sin límites en su furor; altas cascadas de un río poderoso; he aquí cosas que reducen a la insignificancia nuestra fuerza de resistencia comparada a su poder.—E. Kant, "Crítica del Juicio".

Ejemplos de sublime dinámico que transportan por su belleza y estremecen por su terror.

Como la belleza apolinia opone la serenidad de su prestancia a la crispada hermosura de la embriaguez dionisiaca, así lo sublime matemático ofrece su tranquila dimensión ilimitada a la terrorífica pujanza de lo sublime dinámico.

Hay genios dionisiacos y apolíneos: los primeros suscitan en el alma el sentimiento de lo sublime dinámico, arrastrando las voluntades en el torbellino de su fulgor; los genios apolíneos, atraen las mentes a las cumbres superiores de su excelsitud sumiéndolas en el éxtasis de su serenidad superhumana. En el mundo de los próceres, de los grandes capitanes de la historia, los genios dionisiacos pueden ser inmorales, más los apolíneos solo asientan su imperio en el reino de los valores éticos supremos, sin cuya sustentación se derrumban y periclitán.

José de San Martín fué genio apolíneo: en la estructura de su heroicidad lo moral es la sustancia de su ser, y el valor, el dominio de sí mismo, la justicia, el desinterés, virtudes inmarcesibles que ennoblecieron su coraje trasmutándolo de ciega acometida del temperamento en acto consciente de su deliberada decisión.

Los griegos de los tiempos de Sócrates, al definir al hombre ético, hablaban de las cuatro virtudes básicas, ejes en torno de los cuales gira toda la moral humana: sabiduría, coraje, imperio de sí y justicia. Roma aporta nuevos valores completando la moral individual de Grecia con la *honestum*, cualidades del ciudadano que extiende la conducta del individuo a la norma que ha de regir sus actos dentro de la vida de la nación, siendo el honor cívico y patriotismo sus manifestaciones más culminantes y visibles. Triunfa el cristianismo, y nuevos valores se enseñorean de la tierra y aparecen la fe y la abnegación que es desinterés y generosidad.

En el alma de San Martín conviven en armonía preclara los valores más altos legados a nuestra cultura occidental por la evolución histórica de las virtudes humanas. Las bases de su personalidad ética

fueron: la integridad, rectitud del hombre viril, floración del carácter que se apoya en el valor y se inspira en el decoro; el imperio de sí mismo, que hace sereno al valiente en lo más recio del peligro; la justicia, que equilibra la apetencia de los derechos con el imperativo de las obligaciones; el patriotismo, fuego sagrado que eleva al individuo sobre el egocentro personal y lo enlaza al destino de sus conciudadanos; el desinterés, altruismo práctico que manifiesta su bondad en el vasto reino del amor a los hombres, a los ideales y a los pueblos; la fe, que es vinculación con el todo y confianza en los designios del hacedor del universo; la nobleza, que es magnanimidad, elevación espiritual de las almas selectas.

Y en este núcleo anímico, donde el *ethos* marca el rumbo del destino se inserta la capacidad militar del libertador de pueblos.

Las virtudes solo llegan a serlo cuando el que las posee las utiliza con finalidad superior: ejemplo, el dominio de sí mismo virtud formal cuyo contenido enrumba su ejercicio hacia el bien o hacia lo inútil y pernicioso.

No se adquiere el dominio de sí mismo, escribe *Hoffding*, por la sola razón, sino concentrando toda la energía de la conciencia en un sentimiento intenso o una fuerte pasión dirigida hacia lo que nos parece lo más excelso. *Hoffding*, "Moral".

Y tal fué el mecanismo psicológico que hiciera a San Martín dueño de su propia alma: una gran pasión concentradora de todas las energías de su ser en lo que consideraba lo más excelso: la emancipación de los pueblos, dándole carne a la virtud formal del imperio de sí mismo con el contenido supremo de una gran causa: la libertad de América. Ese ideal sacrosanto fue el centro de gravedad anímico de todas sus actividades, de todos sus anhelos, de todas sus esperanzas; la norma de su conducta, la sustancia de sus sueños, la finalidad de su vida. Por él fué grande San Martín, porque solo los hombres que abrazan causas grandes se engrandecen; para destatarse del llano hay que escalar las cumbres; para volar al cielo hay que mirar las estrellas.

El imperio de sí mismo es necesario al prócer. Ha de afirmar su querer venciendo los obstáculos del mundo. Mas que personalidad cabría en el hombre disperso a todos los vientos que hoy quiere una cosa y mañana otra, y vive esclavo de apetitos e intereses que lo arrastran en opuestas direcciones desintegrando su ser en impulsos y concupiscencias en guerra? Solo el amo de sí mismo tiene personalidad verdadera; los que no han conquistado su reino interior, los que no son libres mal pueden libertad a los demás. San Martín libertó a los pueblos por que había conquistado, previamente, su propia libertad.

Los héroes apolinios son libres por la conquista de su señorío interior, y su firmeza, su equilibrio espiritual, su austera serenidad, su idealismo, revelan su esencia en todos los instantes de su vida, como expresión directa de su ser. San Martín perduró igual a sí mismo a través de las vicisitudes de la vida, y en las cumbres de la gloria o en los valles del padecer prosiguió la trayectoria de su noble existencia como la órbita luminosa de un astro. Ni el triunfo lo envanece, ni la desgracia lo abate; fué magnánimo como vencedor, y digno y estoico frente a la ingratitud

El filósofo dice: el mundo práctico es huracán impetuoso que corre sin comienzo ni fin, y todo lo dobla, lo sacude y lo arrastra consigo. La idea es el tranquilo rayo de sol que corta la carrera del huracán sin ser agitado por él.—A. Shopnehaure, "El Mundo como Voluntad y Representación.

El héroe dionisiaco se parece el huracán; el héroe apolineo es como el rayo de sol, su firmeza es inquebrantable porque es intangible, hecha de rectitud y de luz. Y así era San Martín.

Las almas grandes no conocen el rencor; la venganza es la prepotencia de los pequeños. San Martín generoso, magnánimo, supo, siempre, perdonar y la ingratitud y la maldad de los mediocres no envenenaron su corazón.

En la iconografía del héroe, numerosa y varia, un cuadro se destaca entre todos como símbolo de su magnanimidad. Sentado, bajo las ramas de árbol frondoso, el generalísimo, aparece después de la victoria de Maipú, contemplando las llamas de una pequeña hoguera donde arden y se consumen para la eternidad, documentos reveladores de la falta de patriotismo de personajes tenidos por patriotas, su autor, el artista Bartolomé Gómez, refiere con el lenguaje de sus pinceles, la historia postrera del cofre donde el general Osorio guardara las cartas de gentes desleales a la causa americana que, a raíz de la sorpresa de Cancharrayada, dieron por pérdida la guerra plegándose a los españoles. Derrotado el ejército de Osorio en Maipú, el cofre fué botín de guerra, mas el Libertador tras de leer las cartas comprometedoras, las arrojó al fuego. El olvido piadosos es preferible a la divulgación de las traiciones, que más vale tremolar la bandera pura de una causa sin mácula, que mancharlo por dar castigo a los culpables.

Esta magnanimidad de San Martín lo acompaña en todas sus decisiones y ni los insultos, ni los desprecios, ni los ataques fueron parte a convertir al justiciero en vengador.

"Vencedor en San Lorenzo antes de atender su brazo y su pierna condecorados en el fragor de la refriega heroica, en medio del tumulto del combate que ya ha terminado, en-

vía al enemigo alimentos y vendas para sus heridos. Mas tarde soldado profesional en el alto sentido del título honroso, se siente bien el vencedor que puede pero no debe disponer de la vida del adversario, y se opone terminantemente a realizar las ejecuciones que pide la efervescencia popular irresponsable.

Después de Chacabuco, tiende su mano noble al vencido, quien le a ofendido con baja de altanero escudado en la distancia, diciendo que la mano del Gran Capitán que firma es negra. Ahora le toca llegar ante el Libertador a rendir su espada y poner a su disposición la vida. **Venga esa mano blanca**, le dice el Libertador, que es realmente un vencedor caballeresco. Del discurso pronunciado por el coronel Bartolomé Descalzo al ofrecer al Instituto Sanmartiniano de Buenos Aires, el cuadro en referencia.

La generosa bondad de San Martín suele revestirse de espiritual ironía, delicadeza de los almas superiores que apunta a libertar de la gratitud a quienes reciben el beneficio. En una ocasión.

se le apersonó un oficial de su ejército pidiendo hablar con el ciudadano don José de San Martín, y no con el general, y le confió bajo la fe de caballero, que era habilitado de un cuerpo y había perdido al juego la cantidad destinada a su abono mensual, haciendo promesa de enmienda. El general sin decir palabra, se dirigió a un gaveta y le entregó en onzas de oro la suma perdida al juego, diciéndole al ponerla en su mano: "Entregue usted ese dinero a la caja de su cuerpo, y guarde usted el más profundo secreto, porque si alguna vez el general San Martín llega a saber que usted ha revelado algo de lo ocurrido, en el acto lo manda fusilar.—Espejo, "El paso de los Andes".

Y en el caso del sacerdote fray Zapata, enemigo mortal del prócer, al que insultara, públicamente, desde los púlpitos de las iglesias de Santiago, su venganza fué una broma sin consecuencias ni maldad.

El fraile Zapata había dicho de San Martín tremendas cosas, insultándolo con injurias tan grandes como faltas de verdad. Lo llamaba Diablo Martín, cambiándole el nombre de San por el de Belcebú. Cuando llegara el prócer a Santiago después de la batalla de Chacabuco, vencedor, vitoreado por las multitudes, en el pínaculo de su poderío y de su gloria, no faltaron hombres malos que contaran a San Martín el proceder del fraile, instándolo a castigarlo. El general de los ejércitos triunfantes mandó traer a fray Zapata a una sala del palacio de gobierno, donde reunidos jefes y tropas simulaban un consejo de guerra, y con gesto solemne y serio le dijo: "usted me ha cambiado el nombre, yo en castigo le cambio el suyo, en adelante no se llamará Zapata, sino Pata ¡Cuidado! y, ahora; retírese de mi presencia".

Fray Zapata salió del palacio como alma que lleva el diablo; al

cruzar la plaza un viejo amigo al verlo tan apurado, lo llamó diciéndole "Zapata, Zapata a donde vas tan a prisa?". Respondiéndole el fraile tembloroso:

¡No! ¡No! Yo no me llamo Zapata, me llamo Pata!

Pero la bondad de San Martín no solo es perdón para el adversario, sino valerosa actitud con peligro de la propia vida para salvar la del prójimo. Cuando el año de 1804 se hallaba de guarnición en Cádiz, siendo capitán 2º de la infantería de "Voluntarios de Campo Mayor", estalló la peste en forma mortífera y tremenda en aquella ciudad, y el futuro prócer dedicóse a combatirla, asistiendo a los enfermos, enterrando a los muertos y consolando a los deudos, conducta admirable que fué consignada en su foja de servicios junto a las acciones de guerra.

Los hombres superiores suelen ser modestos y el prócer lo era en grado extremo. En lo físico como en lo moral solo los vacíos se llenan, y en el alma de San Martín, llena de grandeza no había sitio para la pequeñez.

La innata modestia del Gran Capitán se revela en la forma y contenido de sus partes y proclamas, donde sus victorias se exponen con espartana sencillez, exaltando el mérito ajeno sin mencionar el propio.

En el parte que remitiera a la superioridad refiriendo el paso de los Andes, recomienda a Soler, O'Higgins y Las Heras.

"a cuyos conocimientos y acertadas disposiciones se debían especialmente las ventajas obtenidas; el mérito del comandante Necochea, mayor Martínez, ingeniero Arcos, capitán Soler, ayudante Pacheco y teniente Lavalle".

Por lo que respecta a sí mismo, solo decía:

Mañana salgo a cubrir la sierra de Chacabuco y demás avenidas de Santiago. Descanse V. E. que mi conducta se ajustará en todo a las instrucciones de esa suprema autoridad.

He aquí la forma como daba parte de la victoria de Chacabuco.

En veinticuatro días hemos hecho la campaña, pasamos la cordillera más elevada del globo, concluimos con los tiranos y dimos libertad a Chile.

Victorioso en Maipú, solo dice:

Acabamos de ganar completamente la acción. Un pequeño resto huye; nuestra caballería lo persigue hasta concluirlo. La Patria es libre.

Batallas que libertaron a Chile y fueron el comienzo de la independencia del Perú; batallas decisivas en la emancipación de los pueblos de América del Sur, ¿qué general victorioso no hubiera dado cuenta de

ellas en tono gradilocuente, exaltando los laureles ganados? San Martín huye de los efectos retóricos, de las frases rimbombantes y aparatosas, para referir tan decisivos triunfos en forma sencilla, breve y sin mención personal.

Como si estas virtudes fueran pocas las realizaba, San Martín, con otros dones puros, agregando a la modestia, pudor del verdadero mérito, el desinterés, abnegación del verdadero altruismo. Fué un militar que renunció ascensos; un caudillo que abdicó el poder, sacrificando la gloria al triunfo de una causa, a la pureza de un ideal.

El año 1820, luchaban en las Provincias del Río de La Plata, unitarios y federalistas, en enconado y sangriento combatir; los opositores a la federación veían en San Martín y su ejército poderoso, el instrumento más eficaz para la victoria de su política antifederalista, instándole a regresar de Chile y a tomar partido en la brega: era el mando supremo de la nación ofrecido al Capitán de los Andes. Pero el prócer no podía sacrificar la gran causa de la independencia del Perú, que era la libertad de América, a ambiciones políticas subalternas, negándose, por ello, a intervenir en la contienda. El 2 de julio de 1820 envió a los habitantes de las provincias del Río de La Plata, la célebre proclama en la que expone los motivos de su alejamiento de la lucha entre federalistas y unitarios.

Transcribimos los párrafos principales de esa noble proclama en la que el General San Martín, responde a las calumnias y se queja de las injusticias con altura y sin acritud, expone las razones elevadas que le impiden intervenir en la contienda entre argentinos.

En 1817 el ejército de los Andes estaba ya organizado: abrí la compañía de Chile, y el 12 de febrero mis soldados recibieron el premio de su constancia. Yo conocí que desde ese momento excitaria celos, mi fortuna, y me esforcé, aunque sin furor, a calmarla con la moderación y el desinterés.

Todos saben que después de la batalla de Chacabuco me hallé dueño de cuanto puede dar el entusiasmo al vencedor; el pueblo chileno quiso acreditarme su generosidad, ofreciéndome todo lo que es capaz de linsonjear al hombre; él mismo es testigo del aprecio con que recibí sus ofertas y de la firmeza con que rehusé admitirlas.

Sin embargo de esto, la calumnia trabajaba contra mí con una perversidad activa, pero buscaba las tinieblas porque no puede existir delante de la luz.

Si tal ha sido la conducta de los que han observado de cerca mis acciones, no es posible explicar la de aquellos que me calumnian desde lejos, sino corriendo el velo que oculta sus sentimientos y sus miras. Protesto que me aflige el pensar en ellas, no por lo que toca a mi persona, sino por los males que se hallan bajo su influencia.

Compatriotas: yo os dejo con el profundo sentimiento que causa la perspectiva de vuestras desgracias: vosotros me habéis acriminado, aún de no haber contribuído a aumentarlas, porque este habría sido el resultado si yo hubiese tomado una parte activa en la guerra contra los federalistas: mi ejército era el único que conservaba su moral y lo exponía a perderla abriendo una campaña en que el ejemplo de la licencia armase mis tropas contra el orden. En tal caso era preciso renunciar a la empresa de libertar el Perú, y suponiendo que la suerte de las armas me hubiese sido favorable en la guerra civil, yo habría tenido que llorar la victoria con los mismos vencidos. No, el general San Martín jamás derramará la sangre de sus compatriotas, y solo desenvainará la espada contra los enemigos de la independencia de Sud-América.

En fin, a nombre de vuestros propios intereses os ruego que aprendáis a distinguir los que trabajan por vuestra salud, de los que meditan vuestra ruina: no os esponáis a que los hombres de bien os abandonen al consejo de los ambiciosos: la firmeza de las almas virtuosas no llega hasta el extremo de sufrir que los malvados sean puestos a nivel con ellas; y ¡desgraciado el pueblo donde se forma impunemente tan escandaloso paralelo!

—sea cual fuere mi suerte en la campaña del Perú, probaré que desde que volví a mi patria, su independencia ha sido el único pensamiento que me ha ocupado; y que no he tenido más ambición que la de merecer el odio de los ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos.

San Martín renunció al poder en aras de la libertad del Perú considerada por su genio estratégico, como la única forma de consolidar definitivamente la independencia americana. Porque sus tropas aguerridas, disciplinadas y triunfadoras hubieran vencido en la guerra civil argentina y el jefe de ellas habría resultado el jefe de la nación. Nueve años más tarde, en 1829, al llegar a Montevideo, reitera la sinceridad de su desinterés, negándose a aceptar el ofrecimiento del mando supremo de la nación que le hiciera el general Lavalle.

Renunciar al poder es difícil, pero hay algo más difícil aún: renunciar a la gloria. Quien renuncia al poder es grande; quien renuncia a la gloria es sublime. San Martín hizo este sublime sacrificio.

El 22 de agosto de 1822, a raíz de la entrevista de Guayaquil, manifestaba San Martín, en carta memorable, su determinación de retirarse del Perú para dejar a Bolivia la gloria de dar fin y consolidación definitiva a la independencia suramericana. Conocidos son los términos elevados y nobles de ese documento único en la historia militar de los pueblos. Recordemos los principales:

Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra; desgra-

ciadamente yo estoy firmemente convencido, o de que usted no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con la fuerza de mi mando, o de que mi persona le es embarazosa...

En fin general, mi partido está irrevocablemente tomado; para el veinte del mes entrante he convocado el primer congreso del Perú y al siguiente día de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el único obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército de su mando. Para mi hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general a quien América del Sur debe su libertad; el destino lo dispone de otro modo y es preciso conformarse....

Con el comandante Delgado, dador de esta, remito a usted una escopeta, un par de pistolas y el caballo de paso que le ofrecí a usted en Guayaquil; admita usted, general, esta memoria del primero de sus admiradores; con estos sentimientos y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de América del Sur, se repite su afectísimo servidor.

La grandeza de alma de San Martín es sin paralelo: no solo renuncia a la gloria, la desea para su rival. Al alejarse del Perú no hay hiel en sus palabras, ni veneno en su corazón. Su sacrificio es completo: en la forma y en el fondo, como el anacoreta que abandona los bienes terrestres con tranquila ecuanimidad. Su espíritu superior se cierne sobre las miserias del mundo en la esfera de los valores éticos supremos. Señor de su albedrío, destruye las cadenas del alma y su voluntad heroica lo liberta de la tiranía de la ambición.

Y el increíble sacrificio fué consciente. En carta al general Castilla, presidente del Perú, le decía:

He aquí, mi querido general, un corto análisis de mi vida pública seguida en América; yo hubiera tenido la mas completa satisfacción habiéndola puesto fin con la terminación de la guerra de la independencia en el Perú, pero mi entrevista en Guayaquil con el general Bolívar me convenció (no obstante sus protestas) que el solo obstáculo de su venida al Perú con el ejército de su mando no era otro que la presencia del general San Martín, a pesar de la sinceridad con que le ofrecía ponerme bajo sus órdenes con todas las fuerzas de que yo disponía.

Si algún servicio tiene que agradecerme la América, es el de mi retirada de Lima, paso que no solo comprometía mi honor y reputación, sino que me era tanto más sensible, cuanto que conocía que, con las fuerzas reunidas de Colombia, la guerra de la independencia hubiera sido terminada en todo el año 23.

Tal fué el generalísimo José de San Martín; tal su obra. Los peruanos no hemos olvidado, ni olvidaremos jamás al prócer que hiciera de la independencia del Perú un anhelo fundamental de su vida. Por eso nuestra patria es amiga fraternal y sincera de la patria argentina, y el pueblo peruano, a través del tiempo, todos los años, el 28 de julio, escucha conmovido dentro de su alma, la voz serena, armoniosa y noble del prócer de América proclamando la independencia nacional.

El poeta Olegario Andrade ha escrito:

¡San Martín! No morirá tu nombre
Ni dejará de resonar un día.

Mientras haya en los Andes una roca
Y un cóndor en su cúspide bravía.

Y yo terminaré diciendo:

¡San Martín! Tu grandeza no fue en vano.
La gloria en el sepulcro no se encierra,
Vivirás mientras haya en nuestra tierra
Viril y noble un corazón peruano.

(Conferencia sustentada el 11 de Agosto de 1950 en el local de la Sociedad Fundadores de la Independencia dentro del programa oficial de homenajes a San Martín en el centenario de su muerte.